

Tatiana Coll Lebedeff, *América Latina en el filo del siglo XXI. Entre la catástrofe y los sueños: los nuevos actores sociales*, Universidad Pedagógica Nacional/Casa Juan Pablos, 2001, 207 pp.

Por Mariana Fiordeliso

Al filo de un siglo Nuestra América abre su historia y crea su identidad desde lo que Tatiana Coll describe como las más grandes paradojas que han acompañado el desarrollo histórico de América Latina: Cuba, el último territorio en lucha por su independencia, logró ser la primera y única Revolución socialista del continente y se convirtió en desafío por tener un rumbo político propio y, por lo mismo, la gran herejía para la izquierda y la derecha del mundo. Haití, la primera nación independiente de América Latina, se batió heroica en una revolución radical pero no logró que su viento libertario evitara el sufrimiento de 50 largos años de dictaduras e intervenciones con apoyo de la ONU y quedó sumida en la más dolorosa y aguda miseria.

Otros países de América Latina (Nicaragua, El Salvador, Colombia, Guatemala) desmayan en sus propias paradojas, pero se unen en un presente compartido: mantienen dos grandes fuerzas políticas en sus escenarios nacionales, una de ellas es la institucional que se constituye bajo el esquema neoliberal y de la globalización y que está en el poder; la otra es una fuerza social que la autora llama del cambio y reconstrucción de la identidad de América Latina.

La primera se funde en una ideología destructiva de la identidad latinoamericana y se hace cada vez más burdamente anexionista, causando desastres nacionales liderados por hombres como Carlos Salinas, Alberto Fujimori o Carlos Saúl Menem. El otro proceso se abre al cambio y presenta dos líneas centrales: una de ellas es la de los partidos políticos que buscan establecer un pequeño margen de autonomía y decisión para suavizar la desigualdad impulsando un proceso de reparto social, como lo hizo el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil con el presupuesto participativo o como lo intenta Hugo Chávez en Venezuela; la segunda línea de las fuerzas de cambio es más radical, es la de los movimientos sociales.

En torno a este análisis se dibuja la última de las paradojas: el gran relevo "democrático" a las dictaduras responde al proyecto integracionista y ha forjado con la supuesta apertura democrática política una implacable antidemocracia económica que genera procesos de explotación aguda y no plantea ningún mecanismo de redistribución social, problema que nos es presentado como técnico-económico cuando es en realidad una política global que desgarrar profundamente el tejido social.

La brutal desigualdad que se vive en nuestros países ha terminado por cercenar la capacidad creadora de nuestros pueblos y su torrente transformador, y nos divide en dos mundos: el de la opulencia desbordada y el de la aguda pobreza, el de la exclusión social y el de la excesiva acumulación de unos cuantos.

No obstante, en medio de la catástrofe económica y política surgen, desde las filas de los excluidos por el funcionamiento económico global, los nuevos actores sociales que Tatiana Coll ha logrado definir desde trazos propios, definiéndolos como aquellos que dan origen a transformaciones asistémicas y en su búsqueda entremezclan lo viejo con lo nuevo; no están integrados a las estructuras tradicionales ni a instituciones; reivindican el principio a la diversidad, desde donde construyen su identidad basándose en la otredad; crean nuevas formas de representación directa; ordenan redes de operación; se integran y se conciben a sí mismas como luchas multclasistas; asumen métodos colectivos de decisión interna y externa como son el referéndum y las consultas; cristalizan *autoproyectos* de vida que implican la transformación del Estado, ya que delimitan el espacio en el que los actores proyectan su confrontación con el Estado; casi siempre ejercen una acción educativa y levantan de esta forma un fuerte contrapoder social. En el marco de esta caracterización la autora ubica diversos movimientos, entre los que están los de mujeres, de ecologistas, de jubilados y, por supuesto, los movimientos indígenas que recorren con impetuosa fuerza el continente.

En México, por ejemplo, con una carencia total de expectativas de cambio, los partidos políticos no se plantean la construcción de alternativas económicas y sociales –basan su plataforma política en la seguridad pública y refuerzan con ello la nueva forma actual del Estado, el Estado policía– y los viejos movimientos sociales tampoco logran articular una posibilidad de cambio social.

Frente al desolado panorama irrumpe en el escenario nacional la línea radical de cambio, nuevos actores sociales que no buscan conquistar el poder y que convocan a la sociedad civil a ser parte de su andar.

Algunos de esos nuevos movimientos sociales los encontramos en México, como es el caso del Movimiento Urbano Popular que actualmente se encuentra dividido por el desgaste de participar en ámbitos electorales; El Barzón; el CUT Tepozteco; Alianza Cívica y los movimientos de migrantes por sus derechos.

Finalmente, la autora desarrolla a profundidad su marco teórico y las características que ha construido a partir de un análisis acerca del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

En el caso del EZLN, la autora profundiza en el tema de la autonomía, misma que describe como la forma en la que puede prevalecer como colectividad, que constituye el reconocimiento a su diferencia dentro de una sociedad y por lo tanto el único modo de insertarse en una sociedad heterogénea. A partir de la iniciativa del EZLN se han creado nuevos espacios de creación, reflexión y producción teórica que dejan atrás la tradición de la negociación y, por el contrario, invitan a la generación de discusiones que impliquen la construcción de consensos, como sucedió en las mesas de San Andrés donde se invitó a académicos,

investigadores, representantes de diversos pueblos indígenas, a este ejercicio y después de ese proceso dialogaron con el gobierno.

La labor de Tatiana Coll no se limitó al estudio de la situación y las perspectivas de América Latina, ni a la caracterización de los movimientos sociales y al análisis del EZLN como el caso más elaborado, sino que recorre un proceso de análisis más integral y complejo abordando en los últimos dos capítulos el trabajo y la educación.

El trabajo fue concebido, durante el periodo del Estado benefactor, como la forma más efectiva de redistribución de la riqueza y se alcanzó en los países del primer mundo, pero ahora los porcentajes más altos de desempleo están justamente ahí (aunque en nuestros países el sector informal ha llegado a constituir el 53 por ciento de la Población Económicamente Activa). Esto nos dice con toda claridad que hoy nadie es responsable del futuro social y el Estado, lejos de ofrecer bienestar, se ha convertido en un recaudador de impuestos que impone taxaciones al trabajo y no al capital patentando su expresión más ineficiente.

El interés de la autora se ubica en el trabajo infantil (que, en un acto de terrible costumbre, nos parece normal), el cual describe no sólo desde un rubro bastante investigado –el espacio de los niños de la calle–, sino también a través de lo que llama los niños en la calle, que son esa parte de la ciudad y del campo que llena las bolsas en los supermercados, que hace del semáforo su centro laboral, que surca la tierra, en fin, que sobrevive.

En la misma línea, Coll introduce un estudio sobre la educación puntualizando que es ese el espacio más importante para remover la presencia de los niños del mercado laboral. Los problemas de la educación y el trabajo infantil se unen en un vértice que parece irreductible. En México entre el 45 por ciento y el 50 por ciento de los niños desertan de la primaria antes de concluirla y son lanzados a la calle a buscar espacios alternativos de supervivencia, convirtiéndose en el producto de las grandes contradicciones de sociedades que están bajo la sombra de la desigualdad y la injusticia.

La educación, contrariamente a lo que se podría asumir, no es un espacio desde el que se construye la igualdad o se da un paso más hacia arriba en una escalada social; por el contrario, mantiene y refuerza la desigualdad social, se ha convertido en un filtro social, en un espacio de homogenización de la sociedad y los centros de enseñanza son cada vez más medios privilegiados de legitimación de los gobiernos.

Los sistemas de evaluación confirman los valores deshumanizantes de la competencia y son el punto que marca el deber ser, lo que hace un buen profesor y lo que hace un buen alumno, según los criterios extraídos de modelos educativos establecidos en sociedades homogéneas. Estos modelos educativos, en medio de sociedades heterogéneas, que mantienen diferentes niveles de acceso a la información y a los bienes elementales de vida, no lograrán desarrollarse sin chocar brutalmente con una realidad que los rebasa.

El libro pone de relieve el trabajo que los gobiernos desarrollistas hicieron más o menos de una forma eficiente en cuanto a la seguridad del ingreso a la escuela

pero la permanencia en ella es un problema que nunca logró ser resuelto: deserción, retención, baja eficiencia terminal y rezago, son características constantes y reproducen un sistema social de exclusión y desigualdad.

A pesar de que la autora plantea que la educación es ahora el espacio de la diferencia y que nos ofrece una trayectoria clara de los fenómenos que se desarrollan en sociedades como la nuestra, no deja ningún hueco para que quepa la falta de fortaleza, movilidad y creatividad social; nos lleva por el camino de la construcción de esperanzas, utopías y dignidad humana y dibuja con fuerza generadora a la educación como el espacio cotidiano de los sueños, como el lugar desde donde se imaginan futuros, donde se construyen sociedades.